

## SERMON

### SOBRE LA CARIDAD.

---

*Igitur audientes tres amici Job omne malum, quod accidisset ei venerunt singuli de loco suo... ut consolarentur eum.*

Habiendo oido tres amigos de Job las desgracias de éste, vinieron á consolarlo.

(JOB, cap. II, vers. 11.)

No hay en la sociedad humana cosa alguna tan imperiosa y sagrada como la amistad. Tiene ésta una influencia tan mágica en los corazones, que hace de dos seres distintos uno sólo, uniéndolos con los más indisolubles lazos de simpatía. Sí, el más sábio de los filósofos antiguos lo conoció, sin atender á las luces de la revelacion, que no habia llegado á su noticia, y su sentencia sobre la amistad se ha universalizado de tal manera, que en todos los pueblos del mundo se dice que dos amigos no forman sino una voluntad y un sólo querer; y en todas partes tambien se rinden á la amistad homenajes de veneracion, pues existe un dogma social que dice: «Debe ántes el hombre sacrificarse al infortunio, que ser infiel á su verdadero amigo.» El verdadero amigo no puede mirar con indiferencia nada de cuanto acaece al objeto de su cariño; su corazon se regocija en los sucesos prósperos, y se viste de luto en los adversos, porque existe entre las personas ligadas por la amistad unidad de sentimientos, unidad de bienes, y, como los miembros de un mismo cuerpo, no puede padecer uno

sin que lo sienta el otro: hé aquí lo que la razon natural dicta respecto de la amistad verdadera.

Un bellissimo ejemplo de esta verdad nos presenta la historia antigua bajo el imperio de la ley natural. Existia en la Arabia feliz un príncipe piadoso y justo, tan famoso entre los Orientales por su piedad como por sus riquezas: un dia conjuráronse simultáneamente contra este potentado los cielos, la tierra, los elementos y los hombres, como si todos estos agentes fueran sus más encarnizados enemigos: todos se arrojaron sobre él, ensañándose cada cual á su modo. Aquí aparecen repentinamente numerosos bandidos que pasan al filo de la espada á todos los domésticos, y entregan las haciendas al pillaje: allí disparan las nubes fuegos destructores que reducen á ceniza las poblaciones; en otra parte se desatan con furia los aquilones, y, como aríetes asestados contra los ángulos de una fortaleza, caen con toda su fuerza sobre la habitacion áulica, y perecen entre sus ruinas todas las esperanzas y la gloria de un padre. Al poco, destituido de sus bienes, privado de sus haciendas y de sus hijos, es invadido de una cruel enfermedad, en la cual no le queda otro alivio que el sentarse sobre la dura tierra y mitigar sus dolores rayéndose la piel con un casco de teja; este hombre infortunado, este príncipe afligido era Job. Entónces, señores, dieran prueba de su verdadera amistad tres amigos de este justo: al oír cuanto sobreviniera, dejaron sus casas y comodidades, se acercaron al paciente, y fué tan grande su afliccion al verlo tan malparado, que sentados junto á él no pudieran hacer en siete dias otra cosa que mirarse mutuamente y prorumpir en lágrimas, sin que la lengua pudiese romper el nudo con que la tenía ligada el dolor que les causaba la desgraciada suerte de su amigo. *Audientes, etc.*

Pudiera yo aducir otros ejemplos de verdadera amis-

tad, discurriendo rápidamente por la historia del mundo y de sus héroes; pero quizás no me sería dable encontrar uno tan sublime como el que vosotros presentais en este momento; porque, preciso es decirlo sin temor de la crítica, sois vosotros, ilustres sócios de la sociedad de beneficencia, los amigos verdaderos del hombre, pues no habeis reunido en un fondo comun el fruto de vuestro sudor sino para aliviar á la humanidad afligida. La caridad, que es el sólido y verdadero apoyo de la amistad, ha presidido primordialmente á vuestra institucion; la Religion la ha consolidado, y de ello estais dando en este momento un testimonio público y auténtico. Sí; uno de vuestros amigos se hallaba en la afliccion; su alta posicion, su antigua y espléndida fortuna, el noble destino social en que se halla, no permitia que pudiese entrar en la categoría de aquellos para cuyo consuelo principalmente habeis erigido vuestra caritativa asociacion. Pero él es vuestro amigo, y vosotros teneis la Religion profundamente grabada en vuestros corazones; aquella os recordó que los deberes de la amistad cristiana, no sólo se limitan á socorrer al amigo indigente, no sólo á consolarlo en sus infortunios, sino que se extiende á otros officios tanto más nobles cuanto son más sagrados: son éstos el elevar al cielo vuestras manos puras, ofreciendo á Dios sacrificios de alabanza por los bienes que prodiga á vuestro amigo, ó bien holocausto de propiciacion para inclinar hácia ellos las piadosas miradas del cielo, á fin de que éste los proteja en sus desgracias y los libre de la tribulacion. *Audientes, etc.*

Esta union, que tomada en general lleva impreso el sello de la caridad cristiana y de la amistad verdadera, pudiera ser tachada de extemporánea en circunstancias particulares. Por tanto, voy á esforzarme á demostraros que vuestra presencia en este templo está justamente canonizada, teniendo por apoyo la Religion y la caridad.

Para hacerlo con fruto, postrémonos humildes ante el trono de la gracia, saludando reverentes á la Reina de los Ángeles.

AVE MARÍA.

Prescindiendo de toda teoría, abstrayéndose de cuanto pueda inventar el entendimiento humano, se ve un hecho real y positivo, hecho que ha tenido su principio en la sociedad, que dura y sigue con ella, y que perpetuará hasta la consumacion del mundo. Este hecho es la existencia de la autoridad en los pueblos y la relacion mútua que ha habido entre los hombres; relacion de mayores y menores, de sábios y de ignorantes, de padres é hijos, de jueces y reos; relacion entre quien manda y quien obedece; relacion entre quien es súbdito y quien es superior; y estas relaciones son naturales, porque existen en la esencia de la humanidad, pues naturalmente, y sin prévio convenio, el padre tiene derechos sobre el hijo, el sábio debe dirigir al ignorante, el anciano es más digno de consideracion que el jóven. Naturalmente tambien se sabe que el hombre asesino y criminal debe ser eliminado de la compañía de los demás, ya para que su demencia no sacrifique más víctimas, ya para que no contamine al inocente con su mal ejemplo. Todas estas verdades son otros tantos dogmas que la naturaleza racional profesa.

¿Quién duda, señores, que estos axiomas inconcusos de la razon son el cimiento en que estriba el gran edificio de la autoridad? ¿Quién no ve que estos mismos principios existen en todos los pueblos de la tierra, más ó ménos desarrollados, más ó ménos conocidos, segun los adelantos que han hecho en la verdadera Religion y en la civilizacion? Es así; y cuando una doctrina es profesada universalmente por todos y cada uno de los hombres, está canonizada como hija de la luz natural. Fueran

estos principios la base de esas vastas monarquías que han dado tanta gloria á la humanidad: y, desengañémonos, los pensadores é innovadores de estas últimas centurias, al publicar sus teorías sociales, no han hecho más que presentar á la humanidad un ramillete de flores de gracioso aspecto, pero de naturaleza envenenada. Han mudado los nombres, mas no la sustancia, y sólo han conseguido demostrar más la verdad en su última evidencia; y es, que todas las innovaciones sociales salen á luz entre trastornos, reciben su sancion entre arroyos de sangre, y se consolidan entre orfandades, lágrimas y escombros. Pretender emanciparse del imperio de la ley sensibilizada en los depositarios del poder, es un absurdo que, profesado por los antiguos romanos y griegos, condujo su dominacion á la más lamentable ruina, ó un error, que por todas partes brota sangre y furor, porque contradice á la sentencia del Apóstol que dice: «Toda alma está sujeta á potestades superiores; las potestades que existen han sido ordenadas por Dios.» Y no hay que dudarle: toda doctrina que pugne con los principios publicados por el órgano de la revelacion, no tiene otra tendencia que la de envolver entre ruinas al mundo social. Asentados estos principios, entremos de lleno en la materia.

Os dije que os habíais presentado ante las aras á ofrecer al Altísimo un holocausto de propiciacion por uno de vuestros amigos. Quién sea éste, nadie lo ignora; pocos dias há que la consternacion y el dolor se apoderaron de los corazones de todos; un acontecimiento tan inesperado como funesto ahogó por unos momentos todos los sentimientos de gozo en nuestros corazones: «Nuestro Excmo. Sr. Gobernador, se dijo, se halla en peligro inminente de perder la vida.» Cuál ha sido la causa, apenas hay quien lo ignore; el cumplimiento de sus deberes. Sí; al presentarse al frente del ejército para instruirlo en

el modo de conservar disciplina y orden en los pueblos, de desplegar valor y denuedo en las batallas, y de saber defender con heroísmo su Religión, su Rey y su Pátria, un fiero corcel lo ha maltratado mortalmente. Semejante ocurrencia debia excitar la compasion de todos, bajo cualquier aspecto que se mirase; pero entre todos los motivos, hay uno que prevalece y supera á los demás: la víctima de tamaña desventura era nada ménos que nuestro amigo, el amigo universal, el padre del pobre, el tutor del huérfano; porque, señores, el primer depositario de la autoridad es el mejor amigo de los hombres cuando lleva á cabo la ley, pues bajo su sombra el rico vive sin zozobra, el pobre sin temor, el crimen es castigado, y respetada la inocencia. Quien así obra, aunque diste mucho del pobre por la posicion respectiva que uno y otro tienen, es sin embargo su amigo. ¿No veis, señores, con qué frente tan serena entra el desvalido al estrado de la autoridad, en cuyo rostro no se vé más que justicia y clemencia? ¿No veis con qué confianza pide proteccion contra el prepotente que lo oprimia? ¿No lo veis salir rebosando en gozo al contemplar que se ha fallado en favor suyo, sin haberse atendido ni al oro ni á las consideraciones del adversario? En semejante ocasion el pobre prorrumpe en bendiciones. Y ¿á quién bendice? Á su padre, á su protector, al amigo que lo ha amparado, librándolo de la opresion del rico. El rico, el poderoso, ¿no saben que pueden vivir seguros del puñal raptor y homicida, porque una autoridad celosa vigila por la paz y el orden, por la punicion del crimen y la represion del malvado? El sacerdote, el lego, el letrado, el ignorante, el natural y el extraño, ¿no viven pacíficamente en su hogar, porque saben que tienen en la autoridad un apoyo, un protector y un defensor? Pues bien, señores: siendo esto así, el depositario de la justicia y de la ley es el amigo de la humanidad.

Cuán difícil sea que semejantes hombres tengan verdaderos amigos, es cosa clara á quien examine un poco lo que es el espíritu humano. Amigos fingidos, falsos, lisonjeros, hombres interesados, que rodeen la persona del grande, que quemén en su presencia el incienso de la adulacion, es fácil encontrar; porque, como dice el Sábio, «muchos son los que rodean la persona del magnate, muchos son los amigos del que reparte dones,» y, segun el dicho de un antiguo poeta, «cuando el hombre es rico tendrá muchos amigos, mas si sobreviene una desgracia, se encontrará solo. Tampoco podrá tener muchos amigos aquel que tiene que esgrimir la espada para contener los excesos del malo. Pero ¡ah, señores! haria yo un verdadero ultraje á vuestra piedad y á vuestro honor, si siguiese hablando de esta materia. Quedan sólo los falsos amigos, para aquellos que no tienen en sus acciones otro fin que el vil interés personal, no para vosotros, que no conoceis otro objeto de operacion que el alivio del indigente y el consuelo del afligido: quédanse los falsos amigos de los grandes para los viles aduladores que se postran ante la autoridad, no para rendirla el homenaje que le es debido de justicia, sino para alcanzar de ella un favor no merecido; mas no para vosotros, que contemplais en ella un rasgo del poder divino, una emanacion de la divina gobernacion, pues, como afirma el divino Pablo, «No hay poder que no baje de Dios: *Non est potestas nisi á Deo.*» Quédese el mirar la autoridad con sobrecejo para aquellos hombres que quieren sustraerse del suave imperio de la ley, con el fin de perpetrar á mansalva excesos criminales; pero no para vosotros, hombres honrados, pacíficos y laboriosos, que cifrais vuestra dicha en la paz y en el orden, y vuestro honor en rodear á esa autoridad para defenderla como inconquistable valladar. No hablo en este momento con sólo vosotros, ilustres hijos de los inmortales Roger y Berenguer, que

llevaron el terror de sus armas hasta los confines del Oriente, sino tambien con vosotros, distinguidos hijos de esta ciudad, cuyo valor y heroismo brilla en gran manera entre los muchos trofeos del suelo de Castilla, y cuya felicidad y sensatez es un proverbio que os dará una memoria eterna en todas las naciones.

Sin embargo, preciso es decir una verdad, aunque se sonrojen nuestras mejillas: el deseo de medrar y valer es una especie de contagio de que apenas se salvan los más prudentes; en general, es muy difícil que los altos mandatarios sean amigos de todos, porque el hombre es por su naturaleza poco amigo de aquel que lo corrige. Mas cuando el nombre del mandatario es pronunciado por todos con satisfaccion y alegría, ¡ah! señal es de que ha sido el padre del pueblo, señal es de que no ha sido venal, señal es de que ha castigado el crimen y favorecido á la virtud, y entónces no manda á súbditos, sino á amigos; entónces todos sin distincion se interesan en su felicidad.

Testigo de esta verdad es aquel príncipe de la Idu-mea, cuya historia os he referido al empezar. Oid lo que él dice de sí mismo al estar con sus amigos que lo consolaban en su desgracia: «Cuando yo salia á las puertas de la ciudad y me preparaban el asiento para hacer justicia, veíanme los jóvenes licenciosos y huían de mi presencia, y los ancianos se levantaban y se estaban en pié; los príncipes cesaban de hablar, y ponían el dedo sobre la boca. Cuantos me oían hablar me llamaban dichoso, y cuantos me veían daban testimonio de lo que me amaban.» Hasta aquí, Job. Ved, señores, un príncipe bien quisto de sus vasallos; ved un hombre dichoso en medio de un pueblo sensato. Y ¿sabeis por qué? Continúad oyendo. «Yo habia librado, dice, al pobre que clamaba justicia, y al huérfano que no tenia quien lo ayudase. La bendicion del que iba á perecer caía sobre mí, y consolé el corazon de la viuda; me vestí de justicia, y revestíme de

equidad, como de manto y diadema. Fuí ojo para el ciego y pié para el tullido; era padre de los pobres, y me informaba con la mayor diligencia de la causa que no conocia, quebrantando el poder del impío, y arrancando la presa de entre sus uñas... Me sentaba como rey en el primer lugar, y aunque me rodeaba un ejército aguerrido, era, no obstante, el consuelo de los tristes.»

Hé aquí, señores, un príncipe que vive con sus vasallos como con sus hijos: hé aquí un superior que añade á las relaciones de potestad y dominacion, las del amor para con su pueblo. Éste es el hombre que en su desgracia se ve rodeado de amigos que lo consuelan con sus consejos, miéntras otros muchos lloran á lo léjos la desgracia del que era su padre y protector.

Aquí, amados míos, debo concluir: aquí debo poner un candado á mis labios: si pretendiese hablar, lo haria despues de haberos suplicado que me dejáseis solo en este templo, y despues de cortar al eco sus alas para que no saliese de este recinto, sin embargo que me es permitido, sin ser tachado de adulador, el repetir cuanto la fama ha traído á mis oídos, y manifestar sin rebozo los sentimientos que abriga mi pecho.

Pero, señores, si no me engaña el amor propio, creo que jamás he lisonjeado á nadie en este lugar, y además tiene gran imperio sobre mi espíritu aquella sentencia del Padre San Máximo, que dice: «No alabes al hombre en la vida, sino despues de su muerte.»

¿Pero necesito acaso desplegar mis lábios en este momento? ¿No sois vosotros otras tantas lenguas que hablan elocuentemente, y dicen que para vosotros y para cuantos habitan en esta ciudad venturosa, el primer mandatario es un padre, un amigo, un bienhechor? ¿Vosotros no lo amais como á un padre? ¿Él no os mira como á sus hijos? Al encontraros arrodillados en el santuario, ¿no estais manifestando que vuestro corazon se envolvió

en el negro velo de la tristeza al oír el nefasto evento que llevó las lágrimas y el dolor á una familia distinguida, el terror y espanto á los buenos hijos de Iberia y de Cuba? ¡Qué! estos cánticos que han llenado con su melodía las naves del templo, ¿no están patentizando la alegría en que reboais, al saber que el Dios de Misericordia ha mirado con benignidad á su pueblo, concediendo á su dignísimo gobernador y patrono una pronta restauracion de su salud? Siendo esto así, inútil es que yo hable, pues cada uno de vosotros sabe que siempre ha sido más mágica la elocuencia de las obras que la de las palabras.

Voy, pues, á concluir, afirmando ántes que un pueblo da las más inequívocas pruebas de su sensatez cuando á las relaciones de superioridad é inferioridad que existen entre él y sus gobernantes, añade las que unen á los padres y á los hijos. Y séame también permitido decir, de paso, que cierta y positivamente posee grandes cualidades gubernativas, grandes virtudes sociales, aquel jefe en cuya desgracia los pueblos se entristecen. Lo primero prueba que unos y otros son sábios é ilustrados; y lo segundo, que tienen corazones grandes, llenos de patriotismo y de generosidad. ¡Ah! Si estos solos sentimientos os hubiesen traído hoy al pié de las aras, seriais dignos de encomio, mas no tendrían todo el mérito que deben tener en presencia de Dios, cuya clemencia invocais en favor de nuestro dignísimo gobernador. Además de aquellos sentimientos naturales inspirados por la amistad, os han movido también, y con preferencia, los de la Religion.

Sí, ilustres individuos de la benéfica sociedad de naturales de Cataluña: vosotros que consagrais una parte de vuestros afanes al alivio del menestero; vosotros que enjugais á cada paso las lágrimas del indigente y consolais al triste; vosotros que practicais estas obras, cuya emanacion viene de la caridad, no podiais desconocer la obligacion que tenemos los católicos de rogar á

Dios, como afirma San Pablo, por aquellos que nos gobiernan. Estos emplean el día y quizás la noche en vigilar por nuestra seguridad, por la observancia de las leyes y por la represion de los perturbadores: justo es que nosotros les correspondamos con amor y gratitud; justo que tomemos parte en sus prosperidades; más justo es aún que apreciemos sus vidas como las más necesarias é interesantes para el bien de nuestro suelo, rogando al Altísimo que las conserve por dilatados años.

Hé aquí, señores, cómo la razon y la Religion consagran unánimes vuestras demostraciones de respeto y amor hácia los superiores. ¡Ah! Mientras las relaciones sociales estén fundadas en la Religion y en el amor que ésta nos prescribe, la humanidad será feliz; los mandatarios serán padres de los pueblos, y éstos no verán en ellos más que unos padres amorosos, pues entónces todos vivirán sumisos al suave imperio de la Ley; todos vivirán con arreglo á la Religion, á la probidad y al honor; todos serán buenos, y siéndolo; como dice el divino Pablo, «no hay que temer á la autoridad, porque el que la ejerce no lleva ceñida la espada para el bueno, sino para el perverso.»

Permitidme ya que os dé gracias por haberme invitado á tomar una parte tan principal en estos nobles y religiosos sentimientos que tanto revelan vuestros corazones, y ya que me habeis dispensado este honor religioso, uniré mis oraciones á las vuestras, y las presentaré ante el acatamiento del Señor, para que, movido por nuestros ruegos, nos conceda la pronta salud del dignísimo presidente de esta Isla, para que bajo su administracion paternal florezca la Religion, la paz, el comercio, la agricultura, las artes y cuanto pueda contribuir al lustre y gloria de esta ciudad, y al bien de todos y cada uno de sus habitantes, á quienes deseo paz y dicha en esta vida, gloria y coronas en la otra. Amen.